

Tesis 11

José de I. M. Guzmán

Habían pasado más de veinte años sin ver a Félix, mi querido compañero de secundaria y preparatoria. Él y yo no solo éramos amigos, sino cómplices de locuras adolescentes. Pero un día, a poco de concluir la universidad, tuve que emigrar a Los Ángeles. Conseguí un buen trabajo y me instalé definitivamente en esa ciudad. Al principio, nos comunicábamos con frecuencia, pero, pasado el tiempo, el contacto se hizo esporádico.

—Buenas tardes —le dije al hombre con uniforme negro—. Disculpe, ¿el cuerpo de Aurelio Delgado?

—Sí, tome el elevador y, en el segundo piso, sala de velación número 3.

Félix se casó con Irene, la chaparrita de 4° F que tenía unas pestañas primorosas.

Apreté el botón del segundo piso. No sabía qué hacer. ¿Cómo se la da el pésame a un padre que pierde a su hijo?

Félix e Irene solo procrearon a Aurelio. Yo tenía, en mi computadora, las fotos de su nacimiento, de su primer año de edad, de su ingreso a primaria, de su primera comunión. El muchacho heredó los ojos de su madre y la nariz y boca de su padre. Era guapo, sin duda.

Mi viejo amigo estaba apoltronado en un sillón individual, solo, aislado de los otros dolientes. Cuando me vio, se puso en pie y nos dimos un fuerte abrazo. No fueron necesarias las palabras.

Irene había muerto cuatro años antes. Nunca supe la causa de su deceso ni pude asistir a su funeral. Decidí no preguntar.

—¿Quieres un té de limón? —le dije a Félix en la cocineta—. Creo que te hará bien.

—Sí —me contestó sin ganas, como si no tuviera fuerzas para elegir su bebida caliente—.

Luego de poner varias veces sus labios sobre el vasito de unicel sin ingerir la infusión, mi amigo me propuso:

—Quiero salir a caminar, me siento asfixiado aquí, necesito aire fresco. ¿Me acompañas?

A mí también me gustaba Irene, nunca pude resistirme a su cabello corto que apenas le cubría la nuca y esa forma de trotar en clase de Educación Física, con sus *shorts* amarillos que dibujaban dos redondeces casi perfectas.

—Gracias, José Luis —me dijo Félix en un suspiro, abriendo la boca para tomar una larga bocanada de la brisa nocturna—.

Los jardines de la funeraria eran extensos, con palmeras, fresnos y ficus. Caminamos por las veredas de guijas, apenas pronunciando unas cuantas frases luctuosas.

Pero Félix me la ganó a la buena. La enamoró con esa voz suya de locutor para desvelados. Tal vez también le atrajo de él su manera de cantar, desafinado, pero con una carga de ternura irresistible. Bueno, yo, resignado, decidí irme al extranjero. Allá me casé dos veces y dos veces me divorcié; no tuve hijos. Definitivamente lo mío nunca fueron las mujeres.

—¿Salimos de aquí? —me propuso de repente—.

—¿Cómo?

—Quiero decir, de estos jardines, de esta funeraria, de toda esta muerte.

—¿A dónde quieres ir?

—A caminar por las calles cercanas.

Creo que Félix e Irene fueron felices. Yo nunca sentí envidia por mi amigo, su dicha familiar la hacía propia, pero cuando contemplaba sus fotografías, no podía apartar mis ojos de ella.

Las callejuelas eran estrechas y estaban solas, todo mundo dormía. Fue entonces que me atreví a preguntar:

—Era tan joven, ¿de qué murió?

—De Van Gogh —fue su respuesta—.

Yo no sabía que pudiera existir una enfermedad con ese nombre. Tal vez haya escuchado mal.

—¿De qué?

—De Van Gogh.

Me puse a repasar las enfermedades de mi familia, de mis conocidos, de mis ex esposas, las mías también, pero no pude identificar ese padecimiento mortal. De pronto recordé mis visitas a algunos museos de Los Ángeles.

—Van Gogh... ¿no es un pintor?

—Sí —contestó sin más—.

Luego de recorrer otra cuadra en silencio, dijo:

—Desde niño, Aurelio se apasionó por la pintura. Primero, trataba de dibujar a Miró, a Kandinsky, a Picasso. Pero sus dibujos eran un desastre —esbozó una leve sonrisa al recordar a su hijo—. Comprendió entonces que lo suyo era la contemplación pura, el disfrute del espectador que se abre ante el cuadro y lo incorpora a su vida, apropiándose de los colores, las formas, los temas, los matices.

Yo, al ser un especialista en trabajos técnicos, no sabía mucho de arte, así que comprendía muy poco lo que Félix me estaba diciendo, pero lo escuchaba con atención.

—Visitó el barroco de los Países Bajos, se detuvo un tiempo en el clasicismo francés, y cuando cumplió los quince, asumió las vanguardias con el entusiasmo de un impúber. Lo hubieras visto, José Luis, cómo vivía dentro de El Gran Vidrio de Duchamp...

«¿Quién sería ese Duchamp?», pensé, avergonzado de mi ignorancia.

—... se creía el novio principal y compró un montón de helicópteros de juguete para quitarles las hélices que, decía, lo llevarían hasta las alturas de la doncella inalcanzable.

Guardó silencio por un momento. No pude decir palabra, aunque mi imaginación se desató. Luego, Félix reanudó sus recuerdos.

—Era feliz hasta que vino Vincent van Gogh, el impresionista. Aurelio quiso sumergir su mundo en una atmósfera de agua, donde las líneas perdieran su rectitud y bailaran al ritmo de corrientes amarillas y azules. Mi muchacho se trastornó, José Luis, se fue intoxicando del pintor holandés. Yo velaba por su integridad física, me preocupaban sus orejas. Pero el golpe mortal vino con *La Noche Estrellada*. Él quiso descubrir galaxias en el cielo nocturno, se inconformó con las lunas plateadas, declarando que, en el suyo, siempre reinaría la plenitud del amarillo, menguante unas veces, creciente otras. Yo esperaba que pronto transitara a otro pintor o a otro estilo, pero ya nada pudo moverlo de ahí, y pasaron años en medio de alucinaciones y espasmos impresionistas. Al final fueron los barbitúricos, José Luis, o tal vez el fentanilo, no lo sé.

Trataba de imaginar todas aquellas escenas que narraba mi amigo, pero no pude, me eran absolutamente incomprensibles. Entramos a un callejón todavía más estrecho. Una fuerza que no pude evitar me hizo preguntarle:

—E Irene, ¿de qué murió?

—Ella murió de William Blake —dijo con toda naturalidad—.

No supe qué pensar, y menos qué decir. Cuando íbamos pasando enfrente de una pared muy alta, Félix se detuvo de golpe, comenzando a temblar de pies a cabeza, como si hubiera salido de una alberca con agua fría.

—¿Estás bien? —inquirí alarmado—.

—Mira —alcanzó a decir señalando la pared—.

Voltee y vi solo una serie de salpicaduras, como si alguien hubiera aventado ahí unos botes de pintura.

—Es Pollock —dijo con voz temblorosa, y un sudor iba bañando su rostro pálido—, es Pollock...

Creí que se desmayaría. Alarmado, marqué el 911.